

Los nombres divinos de los cuatro elementos

VICENTE GARCÍA ESCRIVÁ
Universidad de Alicante

The Divine Names of the Four Elements

Abstract

In this article we are going to proceed to the textual analysis of the 'four elements doctrine' formulated by the pre-Socratic philosopher Empedocles of Agrigento. In order to do this we will examine the four divine figures (Zeus, Hera, Adonis and Nestis) with who Empedocles represents the four elements (fire, earth, air and water), that according to him constitute the four fundamental principles of the Universe. Special attention requires the mysterious Nestis, whose true identity (Persephone) and role are crucial to the complete analysis as a whole. This analysis leads to a determined correspondence between elements and divinities among the different ones propagated by commentators of different times. At the same time, this analysis reveals the structure that underlies in this 'doctrine': the articulation of two masculine and two feminine principles through a pair of antigenic primordial forces, love and hate. This is a kind of mythical elaboration that provides order and meaning to the universe.

Key words: Four elements. Empedocles. Persephone. Cosmogonic myth. Textual analysis.

Resumen

En este artículo se realiza un análisis textual de la "doctrina de los cuatro elementos" formulada por el filósofo presocrático Empédocles de Agrigento. Para ello se examinan las cuatro figuras divinas (Zeus, Hera, Aidoneo y Nestis) con las que Empédocles se refiere a los cuatro elementos (fuego, tierra, aire y agua) que, según él, constituyen los cuatro principios fundamentales del universo. Especial atención merece la misteriosa Nestis, cuya verdadera identidad (Perséfone) y papel resultan claves para completar el análisis en su conjunto. Este análisis conduce a decantarse por una determinada correspondencia entre elementos y divinidades de entre las varias propugnadas por comentaristas de distintas épocas. Asimismo, dicho análisis revela la estructura que subyace en esta "doctrina": la articulación de dos principios masculinos y dos femeninos mediante un par de fuerzas primordiales antagónicas (amor y odio). Una elaboración de tipo mítico que permite concebir un orden y un sentido para el universo.

Palabras clave: Cuatro elementos. Empédocles. Perséfone. Mito cosmogónico. Análisis textual.

ISSN. 1137-4802. pp. 79-86

Según la *doctrina de los cuatro elementos*, atribuida por lo general al filósofo presocrático Empédocles de Agrigento¹, el universo estaría compuesto por *cuatro elementos* fundamentales –*fuego, tierra, aire y agua*– que vendrían a ser los “principios” de todas las cosas. Tales elementos se presentan como indestructibles y eternos, de modo

¹ Al parecer, esta doctrina fue defendida también por la escuela pitagórica, incluso es posible que con anterioridad a Empédocles.

Cf. GUTHRIE, W. K. C., *Historia de la filosofía griega. Vol. II: La tradición presocrática desde Parménides a Demócrito* (traducción de Alberto Medina González), Madrid, Gredos, [1965] 1986, p. 153.

2 Cf. FERRATER MORA, José, *Diccionario de filosofía* (nueva edición revisada por Josep-Maria Terricabras), Barcelona, Ariel, [1994] 2004, pp. 997-998.

que todo cuanto existe nace y muere por la unión y la separación de estos. Las cualidades de los diversos objetos que componen el universo dependerán, por tanto, de la proporción en la que los cuatro elementos se hayan mezclado en cada caso. Empédocles defiende, asimismo, la existencia de dos fuerzas originarias y opuestas –el *Amor* y el *Odio*, representantes de un poder natural y divino a la vez– que condicionan y rigen las múltiples relaciones que los cuatro elementos establecen entre sí².

La doctrina de los cuatro elementos, difundida y racionalizada a través de Aristóteles, tuvo una gran aceptación en Occidente durante siglos y, de hecho, no cayó por completo en desuso hasta la consolidación de la Modernidad y del paradigma científico. En este sentido, en su *Historia de la filosofía griega*, W. K. C. Guthrie señala que:

Aunque esta doctrina de los cuatro elementos fue, inmediatamente, destronada por Anaxágoras y los atomistas, se volvió a restaurar, de forma modificada, como la base de la teoría física de Aristóteles, cuya importante autoridad la mantuvo a través y más allá de la Edad Media. A pesar del reto de químicos como Boyle, se seguiría diciendo, por lo general en el siglo XVII, que los elementos de los cuerpos eran tierra, agua, aire y fuego.³

Ciertamente esta es una doctrina que se inscribe en un contexto cultural regido en esencia por lo *mítico*. Si bien son muchos los autores que han querido ver en Empédocles, y en los filósofos presocráticos en general, un primer paso crucial para el progresivo abandono del marco del pensamiento mítico y, por tanto, para el alumbramiento de la racionalidad occidental.

Los escritos originales de Empédocles –dos poemas: *De la Naturaleza y Purificaciones*– se han perdido en gran parte, por lo que su pensamiento se ha conservado fundamentalmente a través de otros filósofos y comentaristas griegos. Así, el compilador Aecio⁴ recoge los siguientes versos de Empédocles precedidos por un comentario propio:

El agrigentino Empédocles, hijo de Metón, dice que hay cuatro elementos –fuego, aire, agua, tierra– y dos fuerzas originarias, Amistad y Odio, una de las cuales es unificadora y la otra divisiva. Y habla de este modo:

*Escucha, primero, las cuatro raíces de todas las cosas:
Zeus brillante, Hera dadora de vida, Aidoneo
y Nestis, que con sus lágrimas hace brotar la fuente mortal.*⁵

3 GUTHRIE, W. K. C., *Historia de la filosofía griega*, óp. cit., p.154.

4 AECIO (o Aetius) fue uno de los doxógrafos, o compiladores de opiniones, griegos. Vivió en el siglo II a.C. y fue autor de una recopilación de filosofía citada como las *Placitas* de Aecio (*Aetii Placita*). Cf. *ibid.*, p. 70.

5 [Fragm. 6] AECIO, I 3, 20; en LA CROCE, Ernesto et al. (Traducción y notas), *Los filósofos presocráticos*, t. II, Madrid, Gredos, [1978] 2001, pp.103-104.

Aunque en otros lugares Empédocles se refiere a los cuatro elementos por sus apelativos comunes⁶, resulta significativa esta designación mediante nombres divinos: Zeus, Hera, Aidoneo y Nestis. Y no solamente por el hecho de que los elementos se identifiquen con la divinidad en general –y adquieran por ello un carácter, digamos, trascendente– sino sobre todo por las características que cada una de estas deidades confiere al elemento con el que se asimila. Sin embargo, dado que Empédocles no indica, ni aquí ni en otro lugar, cuál es el elemento designado por cada divinidad, surge la duda acerca de la correspondencia exacta entre las referidas figuras divinas y los cuatro elementos. Ya desde antiguo se han barajado distintas equivalencias basadas en argumentos y criterios dispares, lo cual ha dado pie a una llamada *polémica de los nombres divinos de los elementos*⁷. Guthrie señala que “la distribución de los nombres divinos entre los cuatro elementos ha venido siendo objeto de discordancias desde la Antigüedad”⁸ y, tras revisar las distintas alternativas, presenta con cierta cautela su propia elección: “Zeus=fuego, Hera=aire, Nestis=agua y Aidoneo=tierra.”⁹

En un cuadro de la escuela barroca flamenca titulado *La Abundancia y los Cuatro Elementos*¹⁰, obra conjunta de Hendrik de Clerck y Jan Brueghel el Viejo realizada en 1606, se muestra una alegoría de la Abundancia (en el centro) flanqueada por cuatro personajes de aspecto divino que representan a los cuatro elementos fundamentales [F1]. Dos de estos personajes son masculinos, el Fuego y el Aire, y otros dos femeninos, el Agua y la Tierra, lo cual supone una llamativa diferencia con otros cuadros de la época en los que los cuatro elementos están personificados exclusivamente por figuras femeninas que, en consecuencia, vendrían a ser alegorías de los elementos –o medios físicos, más bien– sin una vinculación directa con las divinidades citadas por Empédocles. Esto sucede, por ejemplo, en otra versión del mismo motivo pintada en 1615 por el propio Brueghel en colaboración con Hendrik van Balen [F2]. O en una *Alegoría de los cuatro elementos*

6 Cf. v. g. [fragm. 17]SIMPLICIO, *Física* 25, 21; en *ibid.*, p. 98.

7 Sobre dicha polémica, véase GUTHRIE, W. K. C., *Historia de la filosofía griega*, óp. cit., pp. 155-157.

8 *Ibid.*, p. 155.

9 *Ibid.*, p. 157.

10 CLERCK, Hendrik de y JAN BRUEGHEL el Viejo, *La Abundancia y los Cuatro Elementos*. 1606. Oleo sobre lámina de cobre. 51 cm x 64 cm. Museo Nacional del Prado de Madrid.





F2



F3



F4 F5 F6
F7

realizada por Brueghel el Joven y de nuevo Hendrik van Balen en 1630 [F3]. Esta tendencia hacia lo alegórico puede encontrarse asimismo en un buen número de grabados que sobre el motivo de los cuatro elementos fueron realizados en los siglos XVI y XVII por artistas como Hendrick Goltzius, Jacob Matham, Jan Wierix o Nicolaes de Bruyn. Por otro lado, la mayor parte de estas

representaciones muestran una marcada influencia de la *Iconología* de Cesare Ripa, un libro de emblemas publicado originalmente en 1593 que gozó de gran difusión y prestigio durante los dos siglos siguientes.

La Abundancia y los Cuatro Elementos de Hendrick de Clerck y Brueghel el Viejo no deja de ser también una obra alegórica y, de hecho, las figuras representadas en ella no aluden a ninguna de las divinidades citadas por

Empédocles, quizá con la excepción de Zeus (por los rayos que sostiene) en el papel del Fuego. Sin embargo, se trata de un cuadro en el que tanto la caracterización de los elementos –un par masculino y otro femenino– como su ubicación –Fuego [F4] y Aire [F5] en el cielo, Agua [F6] y Tierra [F7] en el suelo– resultan

muy sugerentes. De Clerck repetiría este particular tratamiento en *El Paraíso con los Cuatro Elementos*, obra realizada entre 1606 y 1609 en colaboración con Denis van Alsloot [F8].

Al hilo de lo evocado por estas representaciones pictóricas, mi intención en este escrito es terciar en la vieja polémica de los nombres

divinos de los elementos desde la perspectiva, inédita en este terreno, del análisis textual. Para ello, y tras confrontar las referidas imágenes con los versos de Empédocles, planteo como hipótesis la siguiente correspondencia entre divinidades y elementos: Zeus sería el fuego; Hera, la tierra; Aidoneo, el aire; y Nestis, el agua. Confío en que el breve análisis que sigue sirva para justificar la correlación apuntada.

Para empezar, obsérvese que, en los versos citados por Aecio, Empédocles no nombra los cuatro elementos a través de las figuras sagradas habitualmente empleadas en la Antigua Grecia para referirse a ciertas manifestaciones naturales que, de alguna manera, podrían remitir a tales elementos. Por ejemplo, para el fuego podría haber utilizado a Helios, la personificación del sol, o a Hefesto¹¹, el dios del fuego y la forja; a Gea o Gaya para la tierra; a Eolo, señor de los vientos, o a los Anemoi, las corrientes de aire correspondientes a los cuatro puntos cardinales, para el aire; a los Oceánidas, divinidades fluviales, o a Posidón, dios del mar, para el agua. De hecho, cuando Cesare Ripa se ocupa en su *Iconología* de la representación de los cuatro elementos –y a pesar de que cita a Empédocles y sus célebres versos– propone representar el agua por medio de la ninfa Galatea, de la oceánide Doris, de las náyades o del mismo Neptuno; la tierra a través de Rea o Cibele; el aire de Júpiter o de Juno; y el fuego de Vulcano o de Vesta, diosa del fuego sagrado del hogar¹². Pero lo cierto es que Empédocles elige unas divinidades cuya vinculación con los elementos es en principio menos evidente. Los nombres divinos de los elementos no pueden ser, por tanto, unos simples términos retóricos o una especie de licencia poética utilizada por el filósofo para expresar sus ideas. Todo indica que hay algo más sustancial tras esta designación. Y para tratar de averiguarlo vamos a revisar las particularidades y funciones de las cuatro divinidades concernidas.

Carlos García Gual cuenta lo siguiente sobre Zeus [F9]:

Su nombre ofrece una clara etimología. Como el Dyaús védico y el latino Júpiter (Iuppiter/Diespater), está formado sobre un radical indoeuropeo diu / dieu que significaba claridad del cielo. Era, pues, en su origen, el gran dios celeste, el que en lo alto



F8

11 De hecho, en otros lugares [frags. 96 y 98] Empédocles se refiere al *fuego* a través de Hefesto, aunque en estos casos el filósofo presenta un cuarteto de divinidades. Por ejemplo, en el fragmento 98, junto a Hefesto aparecen directamente la "tierra", el "éter" (o aire superior) y la "lluvia". Cf. SIMPLICIO, *Física* 32, 3; en LA CROCE, Ernesto et al., *Los filósofos presocráticos*, óp. cit., p. 116.

12 Cf. RIPA, Cesare, *Iconología*, Venecia, C. Tomasini, [1593]1645, pp. 169-172.



F9

13 GARCÍA GUAL, Carlos, *Introducción a la mitología griega*, Madrid, Alianza Editorial, [1992] 2001, pp. 97-98.



F10

14 *Ibid.*, p. 102.



F11

15 *Ibid.*, p. 139.

16 Cuando Odiseo, enviado por Circe, viaja al Hades, este resulta ser un lugar situado en el extremo occidente del mundo al que puede llegarse simplemente navegando, sin ninguna clase de descenso. Cf. *Odisea*, XI, 1-22.

dominaba. Sus epítetos homéricos de “amontonador de nubes”, “altitonante”, “gozador del rayo”, evocan ese aspecto de soberano celeste y señor de las tormentas. [...] Ya en Homero Zeus es indiscutiblemente el primero de los dioses en poderío y saber. Por encima de todos los demás ejerce su función de “Padre”, protector de dioses y hombres.¹³

Así que este “Padre” de “dioses y hombres” es un dios celestial cuyos atributos son el trueno [“altitonante”] y el “rayo”. Tanto el significado de su nombre, “claridad del cielo”, como el dominio que ejerce desde las alturas remiten al *sol*, cuyo color y calor son los del *fuego*; pero también al poderoso relámpago y al rayo, que provoca las llamas allí donde impacta. No es de extrañar, por tanto, el apelativo de “brillante” que le asigna Empédocles.

En cuanto a Hera [F10], García Gual explica que:

El nombre de la diosa parece provenir de la raíz indoeuropea *jer-/jor-* (como el griego *Hora* y el alemán *Jahr*) e indicaría a “la que está en sazón”, “madura para el matrimonio”. Es la “venerable esposa de Zeus”. [...] y ya en época micénica se extendió su culto; remontan los templos más antiguos en su honor a la época de los primeros templos, hacia el 800 a.C.¹⁴

Destaca en la figura de Hera su papel de “esposa” y *madre*, pues esto significa precisamente estar “en sazón” o “madura para el matrimonio”. Por otra parte, su presencia en el mundo griego es muy antigua –se trata de una divinidad primitiva que se remonta “a la época los primeros templos”, es decir, a los *orígenes*– y seguramente apareció como una gran *diosa madre*. Es lógico, entonces, que Empédocles la llame “dadora de vida”, cualidad que comparte con la fértil *tierra*.

Por su parte, Aidoneo es una variante de Hades [F11]. Y de nuevo siguiendo a García Gual, resulta que “el nombre de Hades parece evocar lo “invisible” ya en su misma etimología. El dios era *A-ides* (*a-widés*). Su dominio lleva ese mismo nombre.”¹⁵

Aidoneo es, al igual que Posidón, hermano de Zeus. En el reparto del universo que llevaron a cabo los tres dioses olímpicos le correspondió el Más allá. El significado de su nombre viene a ser el *no visible*, lo cual resulta muy apropiado para el señor del ultramundo. Y es que, al margen de su ubicación concreta –y parece que la localización en el subsuelo es bastante tardía, como atestigua la *Odisea*¹⁶– la morada de los espíritus de los

muerdos es un ámbito intangible que permanece oculto a la vista, como ocurre con el aire. También como el aire –unas veces sutilmente, otras de manera repentina y violenta– se desvanecen las almas que marchan a los dominios de Hades.

Finalmente, Nestis, que según Guthrie sería una diosa siciliana del *agua*¹⁷, ha sido identificada por Peter Kingsley como Perséfone [F12], la esposa de Aidoneo y en consecuencia reina del Más allá¹⁸. Se trata de una divinidad un tanto compleja, ya que presenta más de un nombre, al tiempo que muta sus características y funciones a lo largo de su trayectoria mitológica. En opinión de Robert Graves, tales cambios se deben a que:

Core, Perséfone y Hécate eran claramente la diosa en tríada como Doncella, Ninfa y Vieja, en una época en la que sólo las mujeres practicaban los misterios de la agricultura. Core representa el grano verde, Perséfone la espiga madura y Hécate el grano cosechado [...]¹⁹.

Y este mismo autor precisa que el nombre de la Ninfa era “Perséfone (de *phero* y *phonos*, “la que lleva la destrucción”), llamada también Persefata en Atenas (de *ptersis* y *ephapto*, “la que fija la destrucción”) y Proserpina (“la temida”) en Roma [...]”²⁰. Los antiguos griegos evitaban pronunciar el nombre de Perséfone por precaución y habitualmente la llamaban *Core*, es decir, *la muchacha*; quizá por motivos similares Empédocles se refiera a ella como Nestis. Al ser hija de Démeter –otra diosa madre, con la que, por cierto, se le rendía culto conjuntamente– está ligada a la fertilidad y al nacimiento. Como esposa de Aidoneo, en cambio, tronca con la muerte. Se comprende así el temible significado de su nombre. Perséfone –la diosa en tríada [F13], para ser más exactos– representa el ciclo de la vida y la muerte, y de manera significativa pasa una parte del año (la primavera y el verano) con su madre y la otra (el otoño y el invierno) con su esposo en el Hades. De ahí que Empédocles diga que “con sus lágrimas hace brotar la fuente mortal”, esto es, la fuente de la que mana un agua que da la vida, pero que conduce también, como los ríos infernales, a la muerte.

Según se desprende del análisis de sus nombres divinos, los cuatro elementos se dividen en dos principios masculino-paternos (fuego y aire), representados por Zeus y Aidoneo respectivamente, y en otros dos femenino-maternos (tierra y agua), encarnados por

17 Cf. GUTHRIE, W. K. C., *Historia de la filosofía griega*, óp. cit., p.155.

18 Cf. KINGSLEY, Peter, *Ancient Philosophy, Mystery and Magic: Empedocles and Pythagorean Tradition*, Oxford, Oxford University Press, 1995, p. 350 y ss.



F12

19 GRAVES, Robert, *Los mitos griegos* (traducción de Esther Gómez Parro), Barcelona, RBA, [1955] 2005, p. 105.

20 *Ibid.*, p. 106.



F13



F14



F15

Hera y Nestis. Los primeros serían celestes o *cósmicos*, mientras que los segundos serían terrenales o *telúricos*. Estos pares de principios resultan en realidad complementarios, puesto que de ellos se derivan dos parejas ligadas por el lazo sagrado del matrimonio: por un lado, los soberanos olímpicos, Zeus y Hera [F14], el *fuego* y la *tierra*, es decir, la *energía* y la *vida*; y por otro, los monarcascónicos, Aidoneo y Nestis [F15], el *aire* y el *agua*, esto es, el *espíritu* y el *tránsito*. De modo que *lo masculino* con dos caras, –*potencia* y *hálito*– se engarza en términos universales con *lo femenino* –también con dos facetas, *nacimiento* y *muerte*– para en su encuentro, o en su choque, generar todo cuando existe.

Si añadimos que los cuatro elementos están regidos a su vez por un par de fuerzas contrarias, el Amor y el Odio –o la Amistad (*philatés*) y la Discordia (*neikos*), la unión y la división, la construcción y la destrucción– el resultado es, más que una explicación rudimentaria en términos físicos de la composición y las propiedades del universo, un mito cosmogónico, al tiempo que un saber místico, que se enraíza en los soportes más elementales de la naturaleza humana tal y como era concebida en el mundo griego arcaico. Con razón decía Empédocles: "Escucha, primero, las cuatro *raíces* de todas las cosas".